

do por todos los fieles, como el *Magnificat* de María. Las maldiciones á los poderosos del mundo, las amenazas al egoismo locuplato, el grito viril que derriba de sus sedes ó tronos á los reyes y exalta la condición de los humildes, todo ello puesto en el rudo latín de la vulgata, y cantado con entonación de popular coro, por tal modo transcendía de suyo á la revolución, que los reyes, acostumbrados en su cautiverio al perdurable desacato de los revolucionarios, extrañaron y sintieron aquel bofetón litúrgico, más ciertamente, que todos los insultos republicanos de la plebe. No cabe una verdad de suyo tan evidente como esta verdad negada siempre por nuestros reaccionarios: la revolución y el cristianismo se juntan en serie como pueden juntarse los corolarios con los teoremas y las consecuencias con los principios. No solamente son predecesores y Bautistas de la revolución francesa los inmortales filósofos y tribunos, tantas veces citados, Abelardo, Arnaldo, Rienzi, el mismo Savonarola, también lo son en verdad Santo Tomás de Aquino por su sistema de la soberanía popular; San Francisco de Asís, por sus invectivas al feudalismo medioeval, personificado en el terrible lobo de Gubio; San Antonio de Padua, por sus invectivas elocuentes y por sus guerras continuas á los tiranos de Padua. En el continuo esfuerzo de nuestro espíritu por llegar á la igualdad y á la libertad modernas, tanto nos han servido las tribus hebreas como las repúblicas griegas; tanto la filosofía socrática como el Evangelio cristiano; tanto la liga lombarda en que Federico Barbarroja queda vencido con su Imperio ante Alejandro III y sus ciudades italianas, como los cantones helvecios que han erigido frente al Austria su fecunda soberanía en los Alpes, tanto la República de Cristo, fundada por el católico Savonarola en Florencia, como la República de Calvino, fundada por el protestantismo en Ginebra; tanto los puritanos que nos dieron á Cromweel como los peregrinos que nos dieron á Franklin; tanto los kuáqueros de la Pensylvania como los oradores de la revolución. Pero, en justicia debe decirse, y en verdad, los cánticos de Samuel y las estrofas de Débora y el himno de Moisés y el *Magnificat* de María, superan en influjo á todas las otras manifestaciones del pensamiento progresivo: primero porque tienen la universalidad propia del sentimiento religioso y después porque este sentimiento religioso ahonda más en el ánimo de los pueblos que las demás fuerzas y las demás revelaciones del espíritu. Meditemos un poco sobre la naturaleza del Salmo dicho por los cantores de su capilla con acentuaciones terribles en los oídos de Antonieta, y veremos confirmada mi tesis, de que tales himnos componen una sola epopeya, tan beneficiosa para la humanidad como los resultados de la ciencia, como los combates contra la tiranía, porque componen el poema épico de la libertad universal. Escuchemos un momento el *Magnificat*.

Los cantos gregorianos tienen sobre sí un especial influjo. Las monótonas salmodias con que acompaña el coro eclesiástico en las iglesias una letra de tanta tristeza como los versículos del *Miserere*, hánme conmovido más que las estancias sublimes de Allegri,

aunque las haya oído entre los profetas y los titanes de la Sixtina, tronando y maldiciendo. Así pienso que ninguno de cuantos compositores han trazado misas de *Requien*, generó nunca jamás en sus cadencias escalofríos, como los que suscitan en el ánimo piadoso las estrofas sublimes del *Dies Irae*. Yo creo escuchar el ruido que hacen las losas de los sepulcros, cayendo y levantándose á una sobre los abismos, así como el resuello primero de los muertos resucitados al recoger en sus cóncavos pechos el aire de la vida y su terror al tener que presentarse sobre todos los escombros de un desquiciamiento universal en presencia del supremo juez para oír el postrero inapelable juicio. Pues el *Magnificat* produce un efecto contrario. Diríase que oís el cántico de triunfo. A sus cadencias la esperanza entra en el pecho, se impulsan con celeridad los movimientos de la sangre como un aire muy oxigenado, y por ende muy puro. En Valencia, en aquellas festividades tan hermosas de nuestras iglesias; cuando, poco antes de la procesión, repicando á vuelo todas las campanas en regocijo continuo y encendiéndose todas las luces del templo como estrellas por la noche, alzan al cielo, ante la Virgen, ornada de pedrerías, cuyas facetas producen chispas de colores, puesta sobre las andas y peanas de ángeles alados y nubes argentadas, los coros revestidos por sus dalmáticas, al son de los órganos y al aroma de los incensarios que azulan los aires, y de la salvia y el espliego que tapizan los pavimentos, este *Magnificat*, parece siempre el acento de una grande y alegre pascua, difundiendo felicidad y alegría por traernos al corazón y á las mientes una seguridad completa de la victoria del bien sobre el mal en la feliz consumación de los tiempos. Lo he dicho muchas veces y lo renuevo ahora. El *Magnificat* me ha parecido de antiguo el cántico de la república cristiana, y, por tanto, de las repúblicas varias que fundaron en varias coyunturas históricas los ciudadanos de nuestros libres y democráticos municipios; los trabajadores que levantaron esas ciudades itálicas, en cuyas frentes ardieron las llamas del ideal progresivo; los montañeses que difundieron por las laderas de los Alpes el germen de una democracia que ha purificado de muchas manchas á Europa y guardado un germen de progreso bajo las dos alas de su espíritu; los cristianos que alzaron en Holanda un verdadero santuario á la razón y á la conciencia libres; los puritanos de Inglaterra, los cuáqueros de América, los apóstoles de la libertad universal. ¿Y en quién podríamos personificar mejor, en qué simbólica, esta forma de gobierno tan hermosa, erigida sobre nuestros errores y nuestros males, como en esta Virgen Madre, la cual ciñe á las amplias sienas suyas el esplendor de todos los ideales, y quebranta, bajo sus pies, con fuerza incontrastable, la serpiente del mal, reuniendo los dos primeros atributos de la mujer, que no pueden por modo alguno en ella excluirse, la virginidad y la maternidad? Quien crea que nosotros exageramos, atribuyéndole semejante sentido al himno sublime de María, no debe hacer más que leerlo y encontrará en sus estancias las venas de ideas que nosotros hemos señalado y lo colocará entre los himnos de la humana libertad.

Strauss no participa de nuestro pensamiento, pues le parece falto de originalidad y sobre otros documentos bíblicos impreso y calcado este himno. Él mismo cita las palabras de Ana en el primer libro de Samuel. Compulsándolas, no veo fundamento á su juicio. El espíritu judío brilla más en los cánticos de Ana, y el humano espíritu brilla más en los cánticos de María. Las estancias de aquélla repiten los rugidos de los leones de Judá; las estancias de ésta repiten los balidos del immaculado cordero de nuestra redención. El cántico de Ana me parece un cántico de guerra; el cántico de María me parece un cántico de reconciliación. La mujer del Antiguo Testamento apenas abre los labios cuando habla de sus enemigos; mientras, por el evangélico *Magnificat*, circula un soplo de amor que todo lo dulcifica y orea. El Dios de Israel aparece como una evocación histórica en Ana, encerrada por completo dentro del pueblo judío; mientras el Dios de María rebosa en los límites de Judea, y trasciende á toda la humanidad. Así, en los versículos de Ana se comienza por loar extraordinariamente al Dios del pueblo escogido, y por amenazar con extraordinarios furores las altanerías y las arrogancias de sus enemigos. En verdad, Ana, cual María, rompe los arcos del fuerte para que puedan ceñirse de fortalezas los débiles; argue á los hartos y satisface á los hambrientos; promete á la estéril hijos y conmina con muchos mortichuelos á la fecunda; levanta del polvo al pobre y lo coloca entre los príncipes; enaltece á los santos é impele á los impíos hacia las tinieblas. Mas todo esto aparece allí como despojo de un combate y resultado de un triunfo. Bien al revés de lo que vemos en el *Magnificat* de María. Esta maravillosa poesía proviene de las efusiones del alma. Un Dios de caridad anima todos sus versos. El presentimiento de la beatificación, que tendrá en el mundo cristiano la mujer, impele todas las estrofas: *Beata me dicent omnes generationes*. Y la misericordia resplandece allí más que la justicia. Y, á virtud, por eficacia de tal sentimiento, depone á los Reyes de sus tronos y exalta en su corazón á los humildes; despoja de sus riquezas á los potentados y enriquece á los menesterosos: *Potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles: exurientes implevit bonis, et divites missit inanes*. Sí, lo repetimos; la protesta de Cicerón, el holocausto de Bruto, el día de Farsalia, la noche de Filipos, el sublime sacrificio de Catón en Utica, no alcanzaron lo que alcanzó este cántico de María, demostrando cómo la idea, siquier se diga y exprese por una débil mujer, troncha, como cañas, los cetros, y derrite, como cera, las coronas.

El movimiento de la idea religiosa, que produjo en gran parte las instituciones democráticas, tiene dos caracteres: en el mundo antiguo, un carácter, á quien podríamos calificar de tradición mosaica; en el mundo moderno, un carácter, á quien podríamos calificar de tradición cristiana. Continuación Cristo en lo religioso de Moisés, fué en lo político también. Estadista y legislador aquél, tuvo que apelar á las formas de gobierno para convertir un pueblo nómada, en un pueblo civilizado, é instituyó la República; revelador éste, apartó sus dogmas de todo contacto directo con la política, pero tales ideas y sentimientos

reveló que sobre sus bases tan sólo pueden fundarse instituciones democráticas de libertad y de igualdad. Así el movimiento de la idea cristiana, que había comenzado en el *Magnificat*, profecía mesiánica, seguido en el Bautista y demás oradores del ebionismo antiguo, concluyó formulado por los divinos labios de Cristo. Pero no se detuvo aquí, su movimiento se parece mucho en el espíritu al movimiento de la luz en el espacio. Irradiando éter y con este luminoso éter, calor; y con este calor etéreo, mejor dicho, espiritual, el cristianismo produjo asociaciones, en las cuales, no solamente se cultivaron las ideas cristianas de libertad y de igualdad, se dirigieron terribles ataques á los tiranos, se dictaron aquellos apocalipsis que contienen los mayores anatemas jamás lanzados sobre los Césares, anatemas en fondo y forma análogos con los lanzados por los profetas sobre los Emperadores y sobre los Reyes. Para convencernos de tal verdad, bajemos á las catacumbas, donde levantarán las Iglesias cristianas himnos nuevos á la libertad y se formarán diminutas repúblicas de fieles, análogas en su índole á las tribus que huyeron de los Faraones y fundaron el gobierno de los jueces. Veamos las catacumbas. Eran un subterráneo inmenso. En este subterráneo se veía una especie de capilla circular y central, á cuyo seno llegaban calles de sepulcros fijos en las paredes y decorados con inscripciones misteriosas y símbolos sagrados. Caían de las bóvedas lámparas conteniendo misteriosas luces que irradiaban un resplandor suave, á cuyos rayos inciertos se acrecentaba la sublimidad del recinto. Por los espacios de las paredes, que dejaban libres las alineadas y sobrepuestas sepulturas, veíanse imágenes y efigies sacras. Una mujer, coronada de clarísimas estrellas y conducida sobre las aguas del mar, llevaba un pequeñuelo entre los brazos, en quien se absorbía extática; una paloma bajaba volando desde misteriosas regiones con un ramo de olivo que simboliza la paz; dos canoros pajarillos bebían en la misma copa regocijados, como si respiraran sus plumas y movieran sus alas nuevas milagrosas ideas; hermoso buen Pastor conducía un corderillo de immaculado vellón sobre los hombros; vírgenes de rodillas y orantes plegaban las manos en señal de santísima devoción y volvían los ojos al cielo retratando misterioso ideal. Y entre los sepulcros cincelados con señales litúrgicas; bajo las bóvedas esclarecidas por lámparas misteriosas; sobre los pavimentos compuestos también por lápidas sepulcrales; al son de las arpas que resonaban todas con sublime resonancia y de los coros que decían palabras sublimes, acercábanse á los altares con suma devoción fieles innumerables, y en un cáliz libaban el vino nuevo y de los dedos del sacerdote tomaban un pan que parecía por su virtud aumentarles la vida y robustecerles el espíritu. Naciente la idea cristiana, se aparecía con todos aquellos afectos de oposición irreconciliable que traen las ideas nacientes consigo á la hora providencial de sus primeros desarrollos. Para la obra de purificar aquella sociedad, no encontraban medio mejor que destruirla. E impidiéndoles por completo su doctrina los medios violentos, arbitrados y puestos en práctica por otras sectas, invocaban el fuego de los cielos y creían que se acer-

caba la hora última y el juicio final de un mundo cancerado por tan corrosiva gangrena. El sagrado libro, que contiene todas estas amenazas, en el Apocalipsis. Desde los instantes primeros de su vida natural, aquella sociedad cristiana, tan débil de suyo, que se ocultaba en las catacumbas, como puede un secreto esconderse y callar en el silencio de la conciencia, sueña en sus humillaciones con la venganza, escribe apolípticamente su profecía contra la nueva Babilonia, profecía terrible, la cual dice cómo, después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los profundos abismos donde hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva sociedad brote como una flor al abrir su capullo y se dilaten los cielos novísimos y se borren los pasos de la guerra que ha corrido hambrienta de matanza por todas partes, jinete en un caballo cuyas crines destilaban sangre y cuyas herraduras trituraban mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel, mensajero de la cólera celeste, quien descende desde lo alto en las ráfagas de tremenda tempestad, se dirigirá con arresto á la Babilonia impura, sí, á la gran Babilonia, envuelta en escarlata tinta con la sangre de cien pueblos, coronada del oro arrancado á las cajas de cien Reyes, que embriaga tristemente á los hombres con el rojo licor de sus concupiscencias y ella misma se embriaga con la sangre vertida de las venas del inmenso martirio, y desarraigándola de la tierra, como el huracán desarraiga una encina muy fuerte, la sumergirá en océano sangriento con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios; y habrán muerto los escándalos del paganismo, y cesarán los rumores de los festines y los ecos de las cítaras con las flautas y los cánticos voluptuosos que de sus labios, empapados en el sensual beso de los placeres, exhalan los poetas ceñidos de flores; y sólo se oirá, cuando los cielos se encojan como un pergamino, y los soles se apaguen y en pavesas se disuelvan, el hosanna consagrado por todas las jerarquías celestes á Dios en alabanzas y loor á este acto de su tremenda justicia. El trono, levantado sobre un arco iris, en que Dios relumbra como colosal rubí; los veinticuatro ancianos, vestidos con tógas blancas como partículas de nieve y coronados con etéreas diademas como rayos de sol; las siete lámparas misteriosas, colgantes de lo infinito y nutridas por siete soplos del Espíritu divino; los querubines y serafines que se agitan en aleteos incesantes y pulsan sus liras etéreas; los monstruos asirios en forma y con aspecto de leones ó águilas; el trueno que retumba por todas partes y el rayo que relampaguea y fulmina; el trisagio entonado por los videntes en sobrehumano éxtasis; el cordero de Dios y el volumen misterioso de los siete sellos se mueven alrededor de un Anti-Mesías, de un Anti-Cristo, especie de Luzbel, no angélico, más bien humano, cuyo soplo hace que los hombres se degüellen unos á otros con encarnizamiento y dejen de sí una inmensa carnicería, al hedor de la cual se apestan los aires y se mueren los pueblos; que la tala entre por los campos, asolándolos hasta no dejar una cinta de hierba ni un fruto regalado; que

el hambre debilite y enflaquezca los hombres con sus estragos; que la muerte reine, como un vacío y negro sol de telarañas, en cuyas hebras se prenden y enredan los orbes convertidos en granizo; y que todo vuelva de nuevo al vacío seno de la nada. Todas estas visiones anuncian en el estilo y lenguaje propios de aquella edad, lo mismo que continuaron después cuantos discursos revolucionarios se dijeron contra los Estuardos y los Borbones, como cuantos en épocas anteriores se habían dicho contra los Danieles y los Baltasares.

Pero no se detiene tampoco en las Catacumbas el movimiento democrático cristiano; continúa en las ciudades mercantiles y en las órdenes monásticas. Las ciudades mercantiles se hallan establecidas en la libertad, porque siempre necesitarán de su aire vital el trabajo que crea y el comercio que cambia; las órdenes monásticas y los pobres asociados suyos en la igualdad. Así el movimiento de las ciudades, produjo las repúblicas italianas, los municipios españoles, innumerables obras de progreso, las cuales quebrantaron la servidumbre del terruño, heredera del antiguo esclavo; y las órdenes monásticas produjeron sociedad, tan saludable al progreso universal, como la orden franciscana. Detengámonos ante San Francisco y sus cánticos y sus rezos, generadores también de la Revolución francesa, porque aquellos sentimientos y aquellas ideas del sublime revelador, poeta y filósofo en acción, debían dar de sí tarde ó temprano en su natural movimiento la democracia y la libertad y la República. Pero las ideas, como los mundos, no andan á medida del deseo. Todo este movimiento de democrático cristiano se había callado muchos siglos desde la victoria del dogma cristiano y sólo se despertó en la centuria décimo-tercia. El cristianismo se había convertido en una doctrina de autoridad, indispensable para cumplir estos dos ministerios capitales en la transición dolorosa del antiguo mundo al mundo moderno; para sustituir con algún principio de unidad moral la soberanía perdida por Roma y para educar y domar con una verdadera disciplina religiosa la inteligencia inculta y la voluntad indómita de los bárbaros. Esta doctrina, que desde el siglo primero al siglo cuarto fuera una doctrina del pueblo, desde el siglo cuarto al siglo décimo-tercio, se trueca en una doctrina del Imperio. Por tal razón, á no dudarlo, cuantos tratan de fundar poderosa ó grande autoridad, ó sobre los escombros de la Roma clásica ó sobre los hombros de las nuevas tribus en la larga descomposición de las sociedades paganas y en la no menos larga recomposición de las sociedades modernas, se acogen al catolicismo. Constantino lo saca de las sombras de las catacumbas al aire de la libertad; Teodosio lo declara religión oficial, violentando así la conciencia pagana del Senado antiguo; Carlo-Magno funda sobre sus dogmas un pacto político, y cree que sería imposible sujetar la barbarie de su tiempo sin pedirle inspiración y fuerza, para lo cual se arroja á los pies del Pontífice y besa, las rodillas sobre el suelo durísimo, cada una de las gradas que se extienden al pie del templo vaticano. Los Papas mismos contribuyen á este fin, porque desde Gregorio Magno á Gregorio VII y desde Gregorio VII á Inocencio III no hacen más que fulminar